

Pintura

por Aldo Flores —un restaurante, una mueblería, una librería y los accesorios de una vecindad— se abrió al público una exhibición de fotos a manera de mural colectivo de numerosos artistas mexicanos y extranjeros, incluidos Eugenia Vargas. Aquí la disposición de las impresiones era más bien caótica y desorganizada, pues aunque las fotos iban del blanco y negro a la foto retocada de estudio, pasando por las instantáneas; esto no tenía porque ser limitante para realizar una buena colectiva, sin embargo, sí se constituyó en un problema dada la inexistencia de criterio alguno en la selección del material con respecto a la calidad y mucho más lo acentuó la nula concepción de museografía que en ese espacio impera, y que ha sido visible en la mayoría de las exposiciones que ahí se han presentado.

Magali Lara

Juan Villoro

De las plantas, que alguna vez me presentaron con los horribles apellidos de criptógamas y fanerógamas, sé muy poco, y quizá cometo un espanto botánico al clasificarlas como Dios me da a entender, que es de la siguiente manera: de un lado las domésticas, del otro las silvestres. Esta división, que ha probado su bondad con los gatos y las cabras, bien merece un ensayo vegetal.

Las plantas de casa crecen de un modo contenido (jamás el brote traicionero que tape otro adorno o haga gritar a la tía Eduvigis) y sin el temor de que una mano aviesa las arroje a la



Ilustración de Magali Lara

licuadora en su sexta velocidad. Las más cultivadas cursan los posgrados de distintas macetas. Si el gato es, como quiere Baudelaire, nuestra oportunidad de acariciar al tigre, esos helechos que ves ahí son nuestra opción de jungla.

La naturaleza de verdad es algo a lo que se llega en carretera, a veces se come y crece con tal desmesura que es su propia casa y su inquilina.

¿Cómo reacciona el hombre ante el paisaje? Resulta imposible inventariar personas que creen que sus ideas son muy propias y van del gordo que se acuesta sobre el *Aviso Oportuno* y arruina el picnic con su radio en el América-Guadalajara hasta el exagerado que escala paredes de hielo en el Himalaya, pasando por el cazador óptico que se detiene en

el kilómetro 76 para que los volcanes entren a su *instamatic*.

Reduzcamos la pregunta: ¿qué se traen los pintores con el paisaje? Ningún odio personal, pero han decidido corregirlo. Los bosques cuadrículados de Klee, los lirios que Monet durmió en el agua, los estallidos crepusculares de Turner, las ventanas que son caballetes que son ventanas de Magritte, las costas blancas de Reverón y los jardines de ese virtuoso que jamás usaba el verde, demuestran que los pinceles se mueven con un rigor nada botánico, y a veces su dueño (David, en este caso) tiene que estar en prisión y condenarlo a muerte para pintar su único paisaje.

Acerquemos la lupa otro poquito: ¿Qué hace Magali Lara? En primer lugar comete una indiscreción. La escena

pintada deja pasar una escena previa, en la que todo estaba en paz. ¿Qué ocurría antes de que Magali violentara el lienzo? Una cafetera iba a hacer café (bien cargado, como conviene al prestigio de su profesión), en el centro de un cuarto colorido. Pero esta imagen feliz fue asaltada por las plantas. Ahora, unas hojas afiladas inquietan muebles y paredes con un verdor salvaje, oscuro, extraño; en cambio, los objetos caseros tienen los colores de las frutas. El inusitado vértigo de los cuadros de Magali Lara proviene de esta inversión de la naturaleza: nuestros entrañables artefactos (los que hacen insoportable la desnudez de ser sin accesorios) son invadidos por lo de afuera, lo ajeno, las plantas naturales.

Por obra de Magali Lara, la naturaleza (agradable como destino lejano) se vuelve peligrosamente próxima: somos su horizonte. La puerta está a punto de estallar, el jarrón lanza una ebría espiral de agua, las mesas pierden compostura. Y sin embargo, hay algo festivo, algo de dibujo animado, de tragedia gustosa en estos cuartos encogidos ante el enemigo. ¿De qué parte está Magali? De la pintura capaz de suscitar estas preguntas, por supuesto.

El hombre ha replegado la naturaleza de manera tan eficaz que sólo la recibe como dócil forma de ornato. Los campos dominados siguen dando flores. No por mucho tiempo. Magali Lara ha captado a las plantas en su hora más alta. ¿Se venga de nosotros y nuestros vanos artificios? Más que eso, nos incluyen, nos habitan, somos el jardín que pueden llevar a todas partes.